

El problema del crecimiento demográfico

Muchos de los temas tratados en este artículo ya han sido motivo de atención en artículos anteriores. Pero en la medida que el problema se agudiza, y salen a la luz pública nuevas informaciones que me reafirman en mis criterios, bueno es recordar y reanalizar este grave problema.

El problema del crecimiento demográfico es un problema complejo, terriblemente complejo, lo que hace que sea fácilmente manipulable, y más en un mundo donde las consecuencias de la toma de decisiones para limitar dicho crecimiento tendrán consecuencias de muy variado espectro y calado social.

Aunque existen referencias anteriores, por antonomasia se considera a Thomas Malthus como el primero en plantear las consecuencias del progresivo crecimiento de la población. Sus análisis contenían un error fundamental: no contar con el progreso tecnológico. Por ello los principios de sus ideas quedaron, para muchos, desacreditados.

En la década de los 70 el "Club de Roma" encargó al MIT (Instituto Tecnológico de Massachusetts) un estudio un informe sobre la sostenibilidad del crecimiento, informe conocido como "Los límites del crecimiento". En él se plantea la necesidad de estabilizar la población, que en aquel entonces estaba sobre los 3.000 millones.

Dicho informe creó un gran debate que se radicalizó entre defensores del mismo y opositores. Un hecho coincidente en el tiempo vino a generar descrédito sobre dicho estudio: la revolución verde. La mecanización, el uso de fertilizantes y una mayor tecnificación en los procesos agropecuarios elevaron la productividad en la producción de alimentos a cotas nunca soñadas. Si a ello sumamos el desarrollo tecnológico que permitió, en los países industrializados, el acceso a la gran mayoría a productos tecnológicos, las previsiones consideradas agoreras del informe fueron descartadas y olvidadas.

Sin embargo el tiempo está dando la razón al contenido de dicho informe. Re-análisis del mismo, efectuados por nuevos investigadores, llegan a la conclusión que los avances tecnológicos vividos en los años 70-80-90 y la llamada "revolución verde" solo han servido para desplazar ligeramente las curvas de previsión del citado informe.

Como he dicho al principio, este problema es muy complejo. El elemento más debatido es el problema alimentario, la posibilidad o no de alimentar a una población creciente, pero eso es una simplificación errónea, o interesada. Ni siquiera los defensores de tal criterio se ponen de acuerdo en cuál es el volumen máximo de población que nuestra capacidad de producción alimentaria puede mantener. Mientras que algunos la cifran en 10.000 millones, otros, mucho más optimistas hablan de 40.000 millones. En esta última valoración influye la creencia de que el proceso tecnológico de mejora de la productividad agrícola no tiene límite, algo totalmente ridículo. Cualquier proceso productivo, cuanto más optimizado está, más difícil y costoso (tanto en el ámbito económico como en el energético) es incrementar su productividad, llegando un punto en que ya no caben más mejoras.

Tampoco cabe el planteamiento del incremento de tierras cultivables. Las afirmaciones sobre la posibilidad de transformar selvas y bosques en zonas agrarias, no se sostiene por varios motivos. En el caso de las selvas, estamos ante ecosistemas cerrados, capaces de auto alimentarse. El complejo sistema de plantas y animales genera los propios recursos que permiten su explosión de vida, sobre un terreno, en muchas ocasiones, no especialmente fértil. Es más, la propia selva induce la acumulación de nubes y las persistentes lluvias. Es un hecho comprobado que zonas arrebatadas a la selva y transformadas en agrícolas, a los pocos años de explotación, han entrado en proceso de desertificación.

Por otra parte, el notable incremento en la producción agropecuaria de finales del siglo veinte ha tenido una total dependencia de la mecanización, el uso de fertilizantes y de ingentes cantidades de agua. Todo ello hace dependiente, a esta producción agrícola, de tales prácticas, y por supuesto de la energía necesaria para suministrarlas.

Si analizamos esas dependencias, nos encontramos con lo siguiente: para la producción de los fertilizantes y maquinaria (y su uso) dependemos, fundamentalmente, del petróleo. Pero este es un recurso finito. No solo es finito sino que hemos ya sobrepasado el cenit, es decir nuestra capacidad de máxima extracción, por lo que ahora estamos ya en la curva descendente (en el mejor de los casos en la meseta previa), con lo que solo cabe esperar un descenso en nuestras disponibilidades. Lógicamente el grado de incerteza en las posibilidades concretas es alto, pero según la Agencia Internacional

de la Energía (AIE) tal cenit ocurrió en 2006. Más optimista es la Asociación para el estudio del pico del petróleo y el gas (ASPO) que lo sitúa en 2010.

Por supuesto hay quienes niegan el agotamiento del petróleo. Una de las afirmaciones más estafalarias es que nunca se agotará porque al ir reduciéndose su disponibilidad aumentará de precio y eso hará que su demanda se reduzca al mínimo. Se confunde la desaparición física del petróleo con la de su utilidad. Tanto da que siga habiendo petróleo, si su falta de disponibilidad impide la actividad productiva que depende de él.

Y este hecho, la progresiva escasez de petróleo, es importante en el tema de debate, porque implica una caída inevitable en la capacidad productiva agraria. No podemos esperar que podamos seguir manteniendo la capacidad productiva de alimentos, con lo que las afirmaciones de que tenemos posibilidad de mantener alimentados, no ya a poblaciones superiores a la actual sino simplemente a los actuales habitantes de la Tierra, es falsa.

Pero en la capacidad productiva referida, también es de suma importancia el agua. Esta es otro bien escaso, mucho más escaso de lo que pensamos. De hecho la producción cerealista de China e India depende de la extracción del preciado líquido de venas de gran profundidad (de 1000 a 1500 metros), que no forman parte del circuito hídrico, es decir no son renovadas. Cuando se produzca su agotamiento, la producción cerealista de estos dos países caerá. Hay que tener en cuenta que entre ambos representan alrededor del 37% de la producción mundial.

Pero el agua no solo es utilizada en la agricultura, sino que forma parte de una de las necesidades más importantes del ser humano, tanto en su uso personal como en muchas de las actividades productivas, por lo que su escasez se vuelve cada vez más acuciante.

Si tomamos las previsiones utilizadas frecuentemente (9.000 millones de habitantes para el año 2050) el cálculo es que la demanda de agua crezca un 55%, y que un 40% de la población tendrá dificultades en acceder a ella. La agricultura absorbe el 70% del agua potable del mundo. Para atender a la demanda generada por el incremento de población, se espera que esta cantidad crezca, al menos, un 19%.

De hecho las propias previsiones de crecimiento de población sufren periódicas modificaciones. Los 9.000 millones previstos para el 2050 ya han sido revisados dos veces (los 9.000 millones utilizados como base para las futuras necesidades de agua corresponden a una previsión más antigua). En las previsiones de 2010 la cifra de población para 2050 fue de 9.306 millones, y en la última previsión de 2012 alcanzó los 9.550 millones. Estamos hablando de unas previsiones a incrementos medios (hay una previsión a incremento bajo, con 8.341 millones, una previsión a incremento alta, con 10.868 millones, y una previsión a incremento constante, con 11.089 millones). Lo cierto es que con el tiempo las previsiones tienen una cierta tendencia a ser mayores.

Uno de los argumentos utilizados para descartar la necesidad de un control de natalidad es, centrando la argumentación únicamente en el tema alimentario, que actualmente se desperdicia mucha comida. Es verdad, y cabe pensar que podrían tomarse algunas medidas en sentido de reducir ese desperdicio. Se calcula que un 25% de los alimentos generados no son aprovechados. Pero una parte considerable de esa pérdida es consecuencia del sistema productivo. La complejidad añadida por el hecho de que las producciones alimentarias no se realizan en el lugar de consumo, y que por tanto requieren de un soporte de distribución para hacer llegar esa producción al consumidor es responsable de una parte de esa pérdida. Pero, además de llevar implícito una adaptación de hábitos del consumidor, existen unas limitaciones derivadas de las capacidades productivas locales. Lo ideal sería que la mayor parte de lo consumido localmente, fuera producido localmente, pero eso también requiere una adecuación del volumen de población local a sus capacidades productivas. En todo caso eso solo sería un parche temporal frente al problema real que se nos viene encima.

El problema del excesivo crecimiento demográfico no puede ser analizado exclusivamente desde la pura óptica alimentaria. Va más allá de esa simplificación. Es un problema de acceso al agua, a la energía, a los recursos minerales, a los recursos marinos. Y con ello el acceso a las condiciones sociales deseables para la humanidad: sanidad, educación, vivienda, vestido, etc. No podemos desligar unos de otros porque todos están relacionados, y el factor común que desequilibra la sociedad es el crecimiento demográfico.

Así por ejemplo, a todo lo dicho hay que añadir que las comunidades cuyo entorno carecen de la capacidad productiva para generar

suficiente alimento, requieren el transporte de este desde las zonas que puedan tener sobreproducción, pero eso requiere energía añadida al proceso productivo, energía que cada vez será más escasa. No podemos desligar, por tanto, el proceso de producción de alimentos de los otros problemas porque están interrelacionados.

Eso no quiere decir que no existan desequilibrios en la distribución de la riqueza. Existen y son muy graves, pero la existencia de un problema no debe enmascarar al otro. La cuestión es que por un lado, este sistema no puede eliminar las desigualdades, y por otro tampoco es posible mantener un crecimiento productivo permanente y creciente, porque los recursos son limitados. Por eso es necesario y urgente un cambio de modelo que limite, o más bien invierta la tasa de crecimiento, y a la vez garantice un justo reparto de la riqueza. Y eso solo puede hacerse implantando políticas de control de natalidad como primera condición.